



GRETA THUNBERG

MALENA ERNMAN,
SVANTE THUNBERG *y* BEATA ERNMAN

Nuestra casa está ardiendo

Una familia y un planeta en crisis

Lumen

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRIMERA PARTE

Tras el telón

Porque el tiempo pasa.
El sol morirá a las siete.
Decidnos, expertos en la oscuridad,
¿quién nos iluminará ahora,
quién encenderá un contraluz occidental,
quién soñará un sueño oriental?
¡Que venga cualquiera con un farol!
Preferiblemente, tú.

WERNER ASPENSTRÖM, *Elegía*

Esta podría ser mi historia. Casi como una autobiografía, si hubiera querido escribir algo así.

Pero las autobiografías no me interesan demasiado.

Para mí, las cosas importantes son otras.

Esta historia la hemos escrito Svante y yo en colaboración con nuestras hijas, y trata de la crisis por la que pasó nuestra familia.

Trata de Greta y Beata.

Pero sobre todo es el relato de una crisis que nos envuelve y nos afecta a todos. Una crisis que hemos generado con nuestra forma de vivir: de espaldas a la sostenibilidad, lejos de la naturaleza de la que todos formamos parte. Algunos lo llaman consumo desenfrenado, otros hablan de crisis climática. La mayoría de la gente parece creer que esta crisis se está produciendo en algún lugar muy alejado de nosotros y que tardará muchos años en afectarnos.

No es así.

Porque ya está aquí y crece sin cesar a nuestro alrededor, de muchas maneras distintas. En la mesa del desayuno, en los pasillos de los colegios, en las calles, en las casas y en

los pisos. En el árbol que ves desde la ventana, en el viento que te alborota el pelo.

Después de muchas dudas, Svante, las niñas y yo decidimos contar algunas cosas de las que quizá no deberíamos hablar hasta un poco más adelante.

Cuando hubiéramos tomado mayor distancia.

No por nosotros, sino por vosotros.

Seguramente se habría considerado más agradable. Menos incómodo.

Pero no disponemos de ese tiempo. Si queremos tener una posibilidad, no nos queda más remedio que empezar ya a hacer visible esta crisis.

Pocos días antes de que este libro se publicara, en agosto de 2018, nuestra hija Greta Thunberg se sentó delante del Parlamento sueco y comenzó su huelga escolar por el cambio climático; una huelga que todavía dura, tanto en la plaza de Mynttorget de Gamla Stan, en Estocolmo, como en muchos otros lugares de todo el mundo.

Infinidad de cosas han cambiado desde entonces. No solo para ella, sino también para nosotros como familia.

Hay días en que casi tengo la sensación de estar viviendo una historia propia de un libro de cuentos.

Esta nueva edición es un relato ampliado que incluye más escenas del verano de 2018 y lo que sucedió al principio de la huelga de Greta.

MALENA ERNMAN

Noviembre de 2018

P. S.: Antes de que se publicara la primera versión de este libro, declaramos que el dinero que ganáramos con él se donaría a Greenpeace, WWF, Lära med Djur [Aprende con Animales], Fältbiologerna [Biólogos de Campo], Kung över Livet [Rey de la Vida], Naturskyddsföreningen [Asociación Sueca de Protección de la Naturaleza], Barn i Behov [Niños con Necesidades] y Djurens Rätt [El Derecho de los Animales], todo por medio de una fundación que hemos creado.

Y así ha sido.

Porque eso fue lo que Greta y Beata decidieron.

Escena 1

La última noche en la ópera

Es hora de salir al escenario.

La orquesta afina por última vez los instrumentos y la luz se va atenuando en la sala. Me he situado al lado del director Jean-Christophe Spinosi, estamos a punto de salir al escenario para colocarnos en nuestros puestos.

Esta noche todo el mundo está contento. Es la última función y mañana podremos volver a casa con los nuestros, antes del próximo trabajo. A nuestra tierra, a Francia, Italia y España. A casa, en Oslo y Copenhague. Para luego continuar hasta Berlín, Londres y Nueva York.

Las últimas representaciones las he vivido un poco como en trance.

Todo aquel que haya trabajado sobre un escenario en alguna ocasión sabrá a qué me refiero. A veces se produce una especie de magia; una energía que crece en la interacción entre el escenario y el público y que provoca una reacción en cadena que se repite de función en función, noche tras noche. Parece magia. La magia del teatro y de la ópera.

Y ahora llega la última representación de *Jerjes*, de Händel, en la sala de exposiciones Artipelag, en el archipiélago

de Estocolmo. Es 2 de noviembre de 2014 y esta noche será la última vez que cante en una ópera en Suecia. Pero eso nadie lo sabe todavía.

Esta noche será la última vez que actúe en una ópera.

El ambiente está cargado de electricidad, y tras el telón todos parecen levitar a unos centímetros del hormigón que recubre el suelo casi nuevo del Artipelag.

La ópera va a ser grabada. Hay ocho cámaras y un equipo de producción en toda regla.

Tras la puerta de acceso al escenario se oye el rumor de novecientas personas que guardan un silencio abrumador. El rey y la reina están aquí. Todo el mundo está aquí.

Me muevo de un lado a otro. Intento respirar, pero no lo consigo. Tengo la sensación de que el cuerpo se me inclina todo el tiempo hacia la izquierda y sudo. Las manos se me adormecen. Las últimas siete semanas han sido una auténtica pesadilla, sin un solo instante de descanso. No he tenido ni el más mínimo momento para la tranquilidad. Me siento mareada, pero a la vez es como si estuviera más allá de ese malestar, como en un interminable ataque de pánico.

Como si me hubiera estampado contra una pared de cristal y me hubiera quedado suspendida en el aire antes de caer. Aguardo el impacto contra el suelo. Aguardo el dolor. La sangre, los huesos rotos y las sirenas de las ambulancias.

Pero no ocurre nada. Lo único que logro es verme flotando en el aire delante de esa maldita pared de cristal que sigue ahí sin la menor grieta.

—No me encuentro bien —digo.

—Siéntate. ¿Quieres un poco de agua?

El director y yo hablamos en francés.

De repente, las piernas ya no me sostienen. Jean-Christophe consigue cogermme en brazos antes de que caiga.

—Tranquila, no pasa nada —dice—. Retrasamos la representación. Que esperen. Y decimos que la culpa es mía, soy francés. Los franceses siempre llegamos tarde.

Alguien ríe.

Tengo que darme prisa para volver a casa después de la actuación. Mi hija pequeña, Beata, cumple nueve años mañana y hay miles de cosas que hacer en casa. Pero ahora estoy donde estoy: desmayada en los brazos del director.

Típico.

Alguien me acaricia la frente con cuidado.

Todo se vuelve negro.

Escena 2

El pueblo

Crecí en una casa adosada de Sandviken. Mi madre era diácono y mi padre el responsable de finanzas de Sandvik, el grupo industrial donde trabajaban la mayoría de los vecinos del pueblo. Tengo una hermana más pequeña, Vendela, con la que me llevo tres años, y un hermano once años menor que yo, Karl-Johan, a quien mi madre llamó así por Carl Johan «Loa» Falkman, el barítono, porque le parecía muy atractivo.

Esa es la única relación con la ópera y la música clásica que he heredado de mi familia.

No obstante, cantábamos mucho: música folk, Abba, John Denver. Por lo demás, creo que podría decirse que éramos una familia sueca de lo más corriente que vivía en una pequeña ciudad de provincias. Lo único que quizá nos diferenciaba de los demás era el enorme compromiso de mis padres con las personas necesitadas y desfavorecidas.

En nuestra casa, en el barrio de Vallhov, imperaba la compasión, y se daba por descontado que siempre había que intentar ayudar a quien lo precisara. Una tradición familiar que mi madre heredó de su padre, Ebbe Arvidsson, que ocupaba un puesto importante en la Iglesia sueca y que fue

un pionero del ecumenismo y la actual ayuda humanitaria. De modo que la casa de mi infancia estaba a menudo llena de refugiados o de personas sin papeles a los que acogíamos.

A veces había un poco de lío.

Pero todo iba bien.

Si viajábamos a algún sitio era para visitar a la mejor amiga de mi madre, que era monja, y algunos veranos los pasamos en su convento, en el norte de Inglaterra. Creo que ese es el motivo por el que digo tacos sobre el escenario con tanta frecuencia: una especie de rebeldía infantil crónica que nunca se me ha pasado del todo.

Pero aparte de que veraneábamos en dormitorios comunes de escuelas de conventos ingleses y de que teníamos refugiados en el garaje, éramos exactamente como todos los demás.

Sin embargo, como decía, cantábamos mucho, y a mí me entusiasmaba cantar; cantaba a todas horas.

Y cantaba cualquier cosa. Cuanto más difíciles eran las piezas, más me divertía.

Sin duda, el motivo por el que muchos años después me hice cantante de ópera es, simplemente, que me apasionan los retos. Y en el fondo, la ópera era lo más difícil y divertido que se podía cantar.

Escena 3

Profesional de la cultura

Desde que tenía seis años he estado encima de un escenario y cantando ante un público: coros de iglesia, grupos vocales, grupos de jazz, musicales, ópera. Mi pasión por el canto no tiene límites; prefiero no pertenecer a ningún género y que no me encasillen. Mis gustos son de lo más variado, se mueven en todas las direcciones imaginables. Canto cualquier cosa, siempre y cuando sea de calidad.

En el mundo del espectáculo sueco suele decirse que cuanto más definido estés como artista, más libros de cocina podrás publicar; pero a diferencia de los demás, mis libros de cocina, sin duda, brillan por su ausencia.

Sin embargo, durante los últimos quince años he seguido, al menos desde mi punto de vista, una línea bastante clara en la que he tratado de combinar altura artística y afán de llegar al gran público. He querido hacer lo difícil un poco más fácil, la alta cultura un poco menos alta, lo minoritario algo más mayoritario. Y al revés.

He seguido mi propio camino. Siempre a contracorriente y casi siempre sola. Hasta que, claro, conocí a Svante.

Eso que al principio era fruto del instinto y la intuición, con los años se convirtió en método. Casi en una responsa-

bilidad, convencida de que quien tiene la posibilidad de seguir desarrollando aquello a lo que se dedica, tiene también la obligación de intentarlo.

Svante y yo pertenecemos a esa pequeña minoría a la que al final se le ha brindado esa posibilidad.

Y lo intentamos.

Somos profesionales de la cultura. Formados en conservatorios, en escuelas superiores de teatro y ópera y con una vida profesional a medio camino entre el trabajo *freelance* y el empleo institucional a nuestras espaldas. Hacemos lo que todo profesional de la cultura en última instancia está programado para hacer. Trabajamos a destajo para asegurar nuestro futuro y alcanzar nuestro eterno objetivo: encontrar a un público nuevo.

Venimos de ambientes muy distintos, pero siempre hemos compartido el mismo objetivo, desde el principio.

Distintos pero parecidos.

Cuando me quedé embarazada de nuestra primera hija, Greta, Svante trabajaba en tres teatros, el Östgötateatern, el Riksteatern y el Orienteatern. Al mismo tiempo. En cuanto a mí, había firmado contratos que me vinculaban durante varios años con diferentes teatros de ópera por toda Europa. A mil kilómetros de distancia los unos de los otros, hablábamos por teléfono sobre cómo organizarnos para que el día a día de nuestra nueva vida funcionara.

—Eres de las mejores del mundo en lo que haces —dijo Svante—. Lo he leído como mínimo en diez periódicos diferentes, y yo, en el teatro sueco, ocupo un lugar más bien

discreto, como el bajista de un grupo de rock. Y además, tú ganas una puta fortuna comparado.

—En comparación.

—Ganas una puta fortuna en comparación.

Protesté un poco, aunque no muy convencida, pero la decisión ya estaba tomada, y tras su última actuación, Svante cogió un vuelo para reunirse conmigo en Berlín.

Al día siguiente sonó su teléfono; él contestó y salió a hablar unos minutos al balcón que daba a la Friedrichstrasse. Era finales de mayo y el calor veraniego ya apretaba. Apenas llevábamos seis meses juntos.

—Hay que joderse, es la ley de Murphy —dijo riéndose después de colgar.

—¿Quién era?

—Erik Haag y otro tipo. La semana pasada estuvieron en el Orion viendo el espectáculo.

Svante había actuado con Helena af Sandeberg en una obra de Irvine Welsh, el autor de *Trainspotting*, una novela en la que los personajes no paran de drogarse y de envolver cadáveres en film transparente.

«¡Fóllame!» era una de las frases que Helena le había gritado a Svante varias noches por semana desde que la obra se había estrenado. Me moría de celos.

—Quieren hacer un programa de humor en la radio y por lo visto les parezco divertido, por lo que querían saber si me gustaría participar, un poco para probar. En fin, ha sido una de esas llamadas que siempre estás esperando recibir...

—¿Y qué les has dicho? ¡Tienes que hacerlo! —dije mirándolo fijamente.

—Pues les he dicho que estoy con mi novia que está embarazada y que trabaja en el extranjero —contestó mirándome con la misma intensidad.

—¿Les has dicho que no?

—Sí. No nos queda otra. Esto o lo hacemos juntos, o nunca funcionará.

Y así fue.

Unas semanas después estábamos en la fiesta del estreno de *Don Giovanni* en la Staatsoper, y Svante contaba al director de orquesta Barenboim y a Cecilia Bartoli que era él quien se ocupaba de las labores de la casa.

—*So now I'm a housewife.*

Y así seguimos durante doce años. Fue agotador, pero también muy divertido. Vivíamos dos meses en una ciudad y después nos marchábamos a la siguiente: Berlín, París, Viena, Amsterdam, Barcelona. Una etapa tras otra.

Los veranos los pasábamos en Glyndebourne, Salzburgo o Aix-en-Provence, como es habitual cuando se te da bien cantar ópera y otros géneros del repertorio clásico.

Yo ensayaba entre unas veinte o treinta horas semanales, y el resto del tiempo lo pasábamos juntos. Libres. Sin familia, excepto la madre de Svante, Mona. Nada de amigos. Ni cenas, ni fiestas. Solo nosotros.

Cuando nació Beata, tres años después de Greta, compramos un Volvo V70 para que nos cupieran las casas de muñecas, los peluches y los triciclos. Después seguimos adelante, una etapa tras otra. Fueron unos años fantásticos. Jugábamos con las niñas sentados en el suelo de preciosos